

to Parsons, que una nación no debe obedecer á un rey que ha renegado de la Iglesia antigua y debe expulsarle, sobre todo si amenaza al Papa. En medio de la formidable serie de guerras interiores, Juan Boucher en Francia, en 1594, inflamó al pueblo con sermones ardientes contra el rey, y demostró que los Estados estaban en posesion del derecho inalienable de la soberanía y que de consiguiente la corona caía bajo su jurisdiccion. Con tales opiniones lanzadas al público en el ardor del combate, formularon lejos de la lucha Bellarmino, Mariana y otros jesuitas difusamente sus teorías político-eclesiásticas, en las cuales se encuentran asociadas de un modo singular doctrinas extremadas de libertad con otras no menos extremas de obediencia, á saber: doctrinas de la potestad suprema del Papa recibida directamente de Dios, que se extendía tambien sobre los Estados, que le daba el derecho y el poder de destituir soberanos si lo exigía el bien de las almas del pueblo y de entregar el gobierno á otro, y doctrinas de la soberanía completa del pueblo, el cual segun ellas podia escoger libremente la forma de gobierno, encargar el gobierno á quien quisiera, volvérselo á quitar, y hasta matar «como un monstruo feroz» al monarca que gobernara tiránicamente, sobre todo si violaba la religion.

De esta manera la Compañía de Jesús, nacida del conocimiento del peligro en que se hallaba la Iglesia romana y del deseo de devolverle su dominio universal; Orden poseida de odio mortal contra la religion nueva; impulsada del deseo de vencerla y aniquilarla; provista de un poder colosal; inteligente y sin conciencia en la eleccion de armas; osada y sin consideracion al uso que hacia de ellas, y penetradisima de su seguro éxito, se puso á la cabeza de una lucha contra el protestantismo, lucha que no tiene rival en la historia.

Para combatir en esta lucha con buen éxito, reconquistar á favor de la Iglesia de Roma su universalidad y su dominio y hacer que volviera á ser verdaderamente católica, era necesario: que esta Iglesia se consolidara interiormente; que pusiera fin á las dudas que se habian introducido tocante á determinadas doctrinas; que impusiera silencio á las opiniones nacidas en su seno y que se inclinaban al sistema protestante; que creara una base inquebrantable dogmática; que fijara lo que era, lo que queria, lo que exigía y lo que concedía; y que con esto señalara definitivamente los límites mas allá de los cuales empezaba la herejía.

De este trabajo interior, empezado por el papa Paulo III desde su súbito cambio en Trento, y que fué interrumpido varias veces (duró casi veinte años), participaron tres Papas, y en él ejercieron tambien los jesuitas su influencia decisiva. No partió de las reformas eclesiásticas urgentísimas que habia pedido el mismo emperador, sino de la fijacion de la doctrina que en adelante habia de ser la única legal; pues aquellas reformas no fueron ya aceptadas por la curia. Por eso se hizo este trabajo interior sin atender á los protestantes ni hacerles la menor concesion, y al contrario colocándose la Iglesia católica en terreno enteramente opuesto. Se confirmó que la tradicion tenia la misma autoridad que la Escritura, y que la Vulgata era su version auténtica. Con esto quedó asegurado de nuevo el terreno de la Iglesia antigua. Conservándose los siete sacramentos, se colocaba toda la existencia del hombre dentro del cuadro de la Iglesia; y dando, además de la fé, á las «buenas obras» fuerza justificante, se estableció el contraste mas pronunciado con la doctrina reformista. En una palabra, se conservaron los principios y doctrinas de la Iglesia antigua á pesar de haber sido causa de haberse separado de ella los protestantes, y solo en algunos puntos se hizo tal ó cual pequeña modificacion para conformarse al espíritu de la época.

De la misma manera se procedió respecto del culto y de las ceremonias religiosas; y en lugar de una mejora radical los padres del Concilio se contentaron con algunas modificaciones sueltas, puramente exteriores é insignificantes que nada influían en el carácter de la institucion en su totalidad. Se conservaron el celibato del clero, la misa en lengua latina, la invocacion de los santos, el culto de las imágenes y reliquias y hasta las indulgencias, prohibiéndose únicamente el comercio que se hacia con ellas. Tambien se conservó la comunión bajo una sola forma, si bien solo en principio, porque se reservaba al Papa el derecho de conceder en casos particulares á los laicos la comunión en ambas especies. Al mismo tiempo se adoptaron disposiciones encaminadas á eliminar una porcion de inconvenientes respecto del clero que se habian dejado sentir en general, para quitar así á los protestantes la delantera que habian ganado: á cuyo fin se determinó el establecimiento de seminarios eclesiásticos; se dieron reglas para organizar mejor los establecimientos monásticos, y se tomaron disposiciones para mejorar el culto, los sermones, la administracion de los sacramentos, para una disciplina eclesiástica mas rígida y para la reunion periódica de sínodos provinciales y diocesanos.

Pero el punto capital fué que el Concilio de Trento decidió para siempre la contienda por el poder supremo que durante mas de un siglo se habia mantenido ardiente entre el pontificado y el episcopado y que habia ido acompañada de la lucha por el poder político entre el emperador y los parlamentos. Tambien en esta cuestion importantísima para el porvenir de la Iglesia romana intervinieron los jesuitas con energía y decision trascendentales. Contra las tentativas del partido episcopal que queria limitar á su favor el poder del Papa, Jacobo Lainez y el padre Salmeron defendieron enérgicamente el poder absoluto del Pontífice como única fuente de todo poder espiritual.

Se ganaron á favor de este principio las grandes cortes políticas, y con su aprobacion y cooperacion quedó vencido el poder episcopal; el Papa fué declarado obispo universal y vicario de Cristo en la tierra, vicario que estaba por encima de las leyes y no sometido á ellas, que instituíó á los obispos, que ya no eran instituidos por Cristo (*jure divino*), y á quien correspondía, por ser su autoridad superior á la de los concilios, confirmar, explicar y completar las resoluciones de éstos. Con esto quedó suprimida la doctrina de la aristocracia episcopal, la cual pretendía que reunida en concilio era superior al Papa. Así fué establecida la monarquía papal absoluta algunas generaciones antes del establecimiento del absolutismo en los gobiernos civiles, con lo cual se quitó al Pontificado toda posibilidad de desarrollarse libremente en su interior y se le puso el sello de la inmovilidad mas rígida.

Si antes habian sido posibles dentro de la Iglesia romana opiniones diferentes y hasta oposiciones; si habian cabido en el seno de la Iglesia romana al lado de las ideas de santo Tomás y de la opinion semi-pelagiana, las de san Pablo y de san Agustin, en adelante se desechó todo y se cubrió con mil anatemas cuanto discrepara de la letra de las decisiones del Concilio Tridentino. Se normalizó y se uniformó la Iglesia romana completamente, desterrando de ella y de la religion de sus adeptos toda duda, toda cuestion y toda libertad. Todos sus partidarios debían someterse y obedecerla á ciegas, como si fuesen cadáveres (*perinde ac si cadavera essent*). Ya no buscaba la Iglesia libertad interior, sino poderío exterior, y quedó inficionada completamente de las tendencias del jesuitismo.

Juntamente con la introduccion del absolutismo papal se efectuó un cambio radical en las relaciones de la Iglesia con los Estados civiles. Hasta entonces jamás habia cesado des-

de Gregorio VII la lucha del papado contra el poder civil; pero en adelante la curia renunció á esta lucha contra Estados á los cuales el papado debía su nuevo poder decidido en el Concilio de Trento y con cuya amistad y auxilio debía contar tambien para realizar su pretension del imperio espiritual universal. Por esto reconoció sin dificultad las pretensiones de los poderes civiles; pues en lo sucesivo era otro su campo de accion, á saber: el que habian escogido los jesuitas. La curia dirigió desde entonces toda su energía contra la herejía, siendo para ella herejes todos los que no se sometían incondicionalmente á las decisiones del Concilio Tridentino, ó lo que es lo mismo, á la autoridad incondicional del Papa.

El medio para descubrir, perseguir y exterminar la herejía fué la Inquisicion. Ya antes de la apertura del Concilio de Trento se habia propuesto el papa Paulo III emplear en sentido mucho mas general la Inquisicion que en España producía grandes resultados como institucion real. Habia tomado esta resolucion por consejo del cardenal Caraffa y de Ignacio de Loyola, dos adalides del ultramontanismo que, por contrarios que fuesen en todo lo demás, coincidían en este punto. Paulo III introdujo, pues (en 1542), por lo pronto en Italia el tribunal de la Inquisicion general y universal á ambos lados de los Alpes y le dió poder ilimitado para perseguir, juzgar y castigar, siendo el alma de este tribunal Caraffa, primero como cardenal y luego como Papa bajo el nombre de Paulo IV. Donde se manifestaba el protestantismo ó algo semejante á él se presentaban diligentes los sayones de la Inquisicion, y él se consideracion á clase ni fama se pronunciaba y ejecutaba con la mayor rapidez la sentencia. Se llenaron los calabozos, y las hogueras esparcían su siniestra luz; la Italia tuvo tambien sus autos de fé, y hubo una persecucion á la cual solo pudieron resistir los caracteres mas vigorosos. Innumerables fueron las personas protestantes que abjuraron, y otras, como el obispo Vergerius y el general de los capuchinos Bernardino Ochino, para no abjurar se evadieron y pasaron al otro lado de los Alpes. Lo que Paulo IV dejó por hacer lo remató Pio V, que creyó mision suprema de su época sostener la Inquisicion como causa propia de Dios.

Se persiguieron los escritos heréticos con el mismo rigor que las personas. En el año 1543 sometió Caraffa todos los escritos é impresos á la Inquisicion, y sin ser aprobados por ella no podían imprimirse manuscritos en Italia; ni podían venderse ni propagarse en el país sin este requisito manuscritos ni libros impresos introducidos del extranjero. A esto se agregaron listas de libros que se prohibían y listas de libros que se habian de expurgar ó mejor dicho mutilar; y tan radicalmente trabajó la Congregacion del Indice, que no se encuentra hoy un solo ejemplar de obras que en otro tiempo no faltaban en ninguna casa y que buscan hoy en vano las bibliotecas mas ricas. Las hogueras tuvieron un efecto terrible, y lo peor fué que la vida intelectual se fué extinguiendo bajo la constante amenaza de la Inquisicion. En la península apenínica se estableció el silencio; todo fué ortodoxo-ultramontano y quedó sometido completamente á la curia. Quedó extinguida la herejía, pero la vida y el espíritu de la nacion quedaron tambien heridos de muerte.

Quando el gobierno papal quiso establecer en otros países la institucion que tan eficaz se habia mostrado en Italia y en España, encontró seria resistencia hasta en las naciones dependientes de la Iglesia romana. En los Países Bajos fué una de las causas principales de la revolucion la tentativa de introducir allí la Inquisicion.

Con el Concilio Tridentino, con la Orden de Jesús y con la Inquisicion se halló la Iglesia romana consolidada y pe-

netrada de un nuevo espíritu, destinado á ejercer una influencia inmensa sobre la opinion contemporánea. La ilustracion del renacimiento con su culto de lo bello y de la sensualidad, sus gozos en el buen gusto, su espíritu mundano y sus intereses intelectuales que habian nacido de las ruinas de la fé perdida y de la Iglesia desmoralizada, tuvieron un fin casi repentino. Se declaró la guerra al *genio*, divinidad de la época humanista, cuando poco antes habian dado los papas el ejemplo de la materializacion y ojalá que se hubiesen limitado á ser epicúreos y ateístas, porque los anales de mas de uno están llenos de traiciones, alevosías é incestos. Leon X nadó en un mar de goces mundanos, pero Alejandro VI anduvo encenagado en un pantano de crímenes; aquel, el Médicis, representaba la parte brillante de su época á la cual prestó su nombre, y éste, el Borgia, represen-



El signo de los jesuitas

Vñeta titular en la obra de Adam Konz: *De pace Germaniae*, 1616

taba la parte lúgubre no menos grande que la brillante de la época. Tal cabeza, tales miembros. Había cardenales que solo pensaban en agrandar á las mujeres y otros que creyeron su mision mas importante y honrosa proteger las artes y á los artistas, siendo para unos y otros lo último al atender á sus funciones sagradas. Había monjes, frailes y monjas entregados con desenfreno á los vicios, siendo cosas indispensables en los conventos de aquéllos las bodegas y en los de éstas las cunas. En las iglesias romanas resonaban las profanaciones de lo mas santo y sagrado proferidas por sus mismos servidores, y sabida es la descripcion indignada que hizo Lutero de la Babilonia romana (1).

En adelante hubo una serie de papas que, aunque muy diferentes por sus caracteres, coincidían en la conviccion del poderío y omnipotencia de su cargo espiritual, y en la creencia de que una vida severa era condicion principal para ejercer aquel dominio universal. Hubo papas que como Paulo IV, duro y rígido consigo mismo y con otros, hicieron su reinado un verdadero reinado del terror, persiguiendo y castigando con la inflexibilidad mas feroz toda discrepancia de la doctrina de la Iglesia; hubo papas que como Pio V llevaron á la silla de San Pedro las prácticas mas duras de la orden de Santo Domingo, y que aun siendo cabezas de la cristiandad no cesaron de llevar debajo de sus suntuosas vestimentas el cilicio áspero del fraile, de andar descalzos por las calles de la ciudad eterna y de sobrepujar por sus disposiciones draco-

(1) Aquí puede recordarse el cuento de Boccaccio, referente á un judío que no queria convertirse al cristianismo hasta haber visitado á Roma; y luego que estuvo algun tiempo allí, y vió los excesos del clero alto y bajo, regular y secular, se hizo cristiano católico, diciendo que una religion que se sostenía á pesar de la podredumbre de sus ministros, no podia menos de ser obra de Dios y por tanto la verdadera.

nianas al reinado de terror de Paulo IV. Estas figuras inflexibles estaban cortadas de otra manera muy distinta que sus predecesores humanistas; pero también los que fueron mas humanos vivieron poseídos del sentimiento de su dignidad y de su deber; todos dieron pruebas de egoísmo papal y de celo; y si es indudable que puede condenarse la causa por la cual vivieron, hay que reconocer la energía con que la sostuvieron. ¡Con qué decisión se lanzó Gregorio XIII á la lucha universal contra la herejía! ¡Y con qué circunspección levantó Sixto V su Estado á nueva altura! Estos varones que no distraen la vista del objeto que persiguen, que unen la firme convicción á la fuerza de voluntad y á la energía de acción hacen progresar la obra que tienen entre manos.

También se observa en el clero en general un cambio, si bien éste se operó mas lentamente. Las decisiones del Concilio de Trento le obligaron á vivir con decencia y también perdió completamente el hábito frívolo y la parte intelectual del humanismo. La piedad del clero iba unida en adelante, gracias á la educación jesuítica que recibía en los nuevos seminarios, á cierta inercia intelectual, así como la mayor dependencia en que se hallaba de su jefe le condujo á la ambición, dando á su carácter un matiz rastrero y maligno; si bien había también figuras nobles como Carlos Borromeo, cuyos trabajos benéficos jamás se olvidarán, y como el obispo de Ginebra, Francisco de Sales, del cual se ha dicho que fueron mas los creyentes que edificó que los herejes que convirtió.

No fué solamente el clero el que se transformó con la revivificación de los principios eclesiásticos; pues el ultramontanismo empezó á infiltrarse en todas las clases de la sociedad con las cuales entró en contacto, influyó en todas las fuerzas vivas y empezó á dar otro aspecto á la vida.

El ultramontanismo partió como el humanismo desde Italia para atravesar el mundo con una tendencia enteramente eclesiástica como la que dominó durante la Edad Media. El entusiasmo por la antigüedad cedió el puesto al entusiasmo por la religión; el estudio de los autores latinos y griegos fué reemplazado por el de los padres de la Iglesia, y toda la ciencia tomó un carácter clerical. La poesía también entró en la nueva vía; había sido antes irreligiosa é inclinada ostensiblemente al paganismo, pero después abandonó esta tendencia y se hizo eclesiástica y ortodoxa, no sin hacerse también al propio tiempo fastidiosa por lo moralizadora y además sentimental y romántica. Compárese el «Orlando furioso» de Ariosto, en cuyo poema está compendiado todo el Renacimiento, con la «Jerusalén libertada» de Tasso, educado por los jesuitas, que canta en este poema los hechos piadosos para glorificar al catolicismo renovado.

También Rafael con sus creaciones sensuales, pero ingenuas, que había tenido repugnancia á representar con su arte al Crucificado, y Miguel Angel con su realismo fantástico que nunca pudo encontrar el tono propio para obras escultóricas cristianas, cedieron el campo á una nueva dirección del arte que tomó de la Iglesia sus motivos y aun las formas. Se volvió á la pintura religiosa; solo que en lugar de volver á la sencillez devota de Fray Angélico, se adoptó un carácter clerical y dogmático, al paso que no se admitieron ya en cierta manera elementos de la vida real, sino que se prefirió lo afectado, amanerado y sentimental. Con este nuevo período del arte empezaron las escenas de cariño en el interior de la Sagrada Familia y las de éxtasis religioso y de las visiones. El arte dió un paso hacia un horizonte moderno; empezó á representar estados del alma como la devoción y el ardor misterioso de la imaginación; apareciendo por ejemplo á un alma devota y extática el niño Jesús en las nubes. Se pintó

al Crucificado inclinándose desde el sagrado leño hacia el devoto extático; pero también llegó á complacerse el arte pictórico en representar los horrores de los martirios y tormentos, y otras escenas terroríficas. Parece que en este arte se ha formado en cierta manera el pósito de los ejercicios jesuíticos para después llegar á su mayor altura por el genio de Murillo en sus creaciones visionarias y en cierta manera fosforescentes.

La escultura volvió asimismo las espaldas á la vida y á la naturaleza para hacerse afectada y extática, dando al mármol movimiento agitado para representar pasiones piadosas, movimiento tan poco natural como antiplástico. Igual cambio se observa en la arquitectura, cuya esbeltez y libertad desencadenada se cambió en gravedad, pompa y ostentación devota. El estilo barroco del jesuitismo se hizo dominante como el estudio de los padres de la Iglesia en todos los países. Este estilo parece haber declarado la guerra á todo principio artístico en lugar de tomarlo por base. Es una mezcla de estilos que no llega á ser estilo y que se sirve de todas las artes plásticas para representar con riqueza deslumbradora la magnificencia espiritual del triunfo de la Iglesia sobre todos los elementos contrarios. Esto viene á representar tales detalles pictóricos y plásticos. Para hacer mas visible la victoria de la Iglesia sobre la incredulidad y la herejía y proclamar al mismo tiempo los grandes hechos de la Orden de Jesús, figura en los sitios mas visibles como trofeo de la victoria el signo de esta Orden.

Hasta la admirable elevación que adquirió la música en las creaciones de Palestrina se explica por el vigoroso efecto del nuevo espíritu ultramontano. Palestrina se separó de la música mundana, ya muy desarrollada en Italia, para ponerse con su arte enteramente al servicio de la Iglesia, y consiguió glorificar toda la escala de sentimientos cristianos en armonías maravillosas y nunca oídas que tienen por motivo las diferentes partes del sacrificio de la misa. Este músico fué en su arte algo como Murillo en el suyo: ambos maestros ponen los misterios de la Iglesia como en contacto con los sentimientos y sensaciones de los creyentes. Ciertamente el sentimentalismo espiritual, que perjudicó hasta cierto punto á las demás artes, fué en extremo favorable al arte de la música.

En la primera mitad del siglo XVI dominó una fuerte corriente protestante, y en la segunda una contracorriente no menos fuerte, originada por el restablecimiento de la Iglesia antigua y que se extendió con ímpetu cada vez mayor sobre todos los países de la cristiandad de Occidente. Las oleadas ultramontanas deshicieron en su ímpetu los diques contruidos recientemente contra el dominio de la Iglesia, y pasando otras veces sin ruido por rendijas que encontraron, penetraron en los terrenos del protestantismo que hasta entonces había sido victorioso é irresistible. En adelante el catolicismo restaurado tomó la ofensiva, y hasta la Alemania, que había sido el país que primero y con mas decisión se había separado de la Iglesia antigua, resultó muy pronto inundada por el ultramontanismo, cuyos trabajos fueron facilitados desgraciadamente por el estado y las condiciones de la patria del protestantismo.

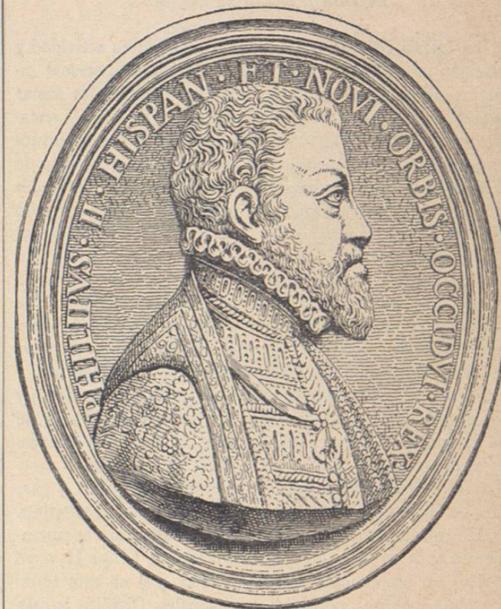
Comparando la esencia, los medios y el fin del papado rejuvenecido, con las formas que en su desarrollo había adquirido el protestantismo, se ve desde luego que todo estaba en favor del primero; pues en todas partes, y en primer lugar en Alemania donde el protestantismo había sido victorioso, la libertad de la fé religiosa había conducido á innumerables divergencias de opinión, á miserables diferencias de doctrinas, á disputas, odios, divisiones y guerras; mientras las tentativas repetidas para fijar por escrito la sustancia de la doc-

trina conmovieron cada día mas el cimiento sólido de la fé protestante, es decir, la confesión original, y dieron lugar á una desmembración de la Iglesia general protestante en una multitud de Iglesias nacionales y hasta territoriales, institutos puramente locales cuya organización era insuficiente para que resistieran á un empuje del enemigo y mucho menos para tomar la ofensiva contra él. En cambio la Iglesia romana rejuvenecida formaba un solo conjunto basado consecuentemente sobre una idea fundamental única, lo que hacia del conjunto una entidad unida, purificada, dirigida monárquicamente, fundada sobre la obediencia y la sumisión de todos los miembros al jefe. Mientras las argucias del cuerpo de doctrina protestante continuaron siendo ininteligibles para el pueblo, la confesión tridentina no entró en polémicas confusas ni en tradiciones sujetas á variación y dió en cambio una norma fija de la fé católica que, si bien estaba muy lejos de ser perfecta y de satisfacer á las conciencias, fué en cambio perfectamente comprensible; se hizo con facilidad, hábito y rutina; y como era cómoda, fué preferida. A esto se agregó que las bellezas artísticas y la magnificencia del rito deslumbraron y conquistaron aun á los que no eran partidarios fanáticos de su respectiva fé, mientras por otra parte las paredes lisas y monótonas de los templos calvinistas, en que ni siquiera se oía resonar un órgano, estaban solo calculadas para concentrar la fé interior. Tampoco la norma de la fé católica estaba tan rígidamente fijada en todos conceptos, que no hubiese permitido algunas interpretaciones diferentes dando lugar á discrepancias muy delicadas; pero quedaba siempre salvado el principio de unión de todas estas opiniones en el Papa y en la Iglesia, de modo que no podían dar lugar á la formación de sectas que tan funesta había resultado para la religión protestante.

Por otra parte la Iglesia católica no era ya la comunidad invisible de los santos, sino una institución positiva sólidamente organizada y por concesión divina poseedora única de la salvación; hacia sentir su influencia directamente sobre todos los miembros por medio de los sacramentos, y no aguardando á que ellos los pidieran, sino acudiendo á dárselos; cuando en el partido luterano de la Iglesia protestante los teólogos, conforme ya hemos dicho antes, formaron una casta clerical que se creyó inmensamente superior al mundo láico, mirando con menosprecio farisaico á los creyentes legos en cosas de la fé, casta que no comprendía las necesidades religiosas de la multitud y para la cual la confesión de fé era un campo para lucir su doctrinarismo religioso y un medio para alcanzar fama é influencia. Por eso nada hizo esta casta para poner al alcance del pueblo su gran sabiduría que guardaba solo para los iniciados. Parecían completamente trocados los papeles, porque á la sazón el clero católico se dedicaba á hacerse popular, á instruir, á convertir y dirigir al pueblo, á mirarse como su tutor, mientras los teólogos luteranos se encerraban con orgullo en el papel que antes había usado la casta sacerdotal católica. Es decir, que la nueva Iglesia católica disponía de todos los medios de hacerse popular, cuando la Iglesia protestante se fué alejando tanto mas del pueblo cuanto más ortodoxa luterana se iba haciendo.

Finalmente, hay que notar que se cambió completamente la esencia de la gran lucha eclesiástica. La lucha de Lutero contra el Papado había sido la de la fé contra la liviandad. Por un lado se hallaban la moral grave, el entusiasmo sagrado y la voz de la conciencia, y por otro lado la frivolidad, la indolencia y los vicios. Todo esto cambió. Los grandes jefes del protestantismo habían muerto y no había sucesores dignos, cuando en el partido contrario el peligro había creado caracteres fuertes, de voluntad inflexible y fanáticos, pe-

netrados enteramente de la magnitud de su misión. Había clérigos educados con rigidez, concienzudos y convencidos, modelos para los miembros de la Iglesia, que los respetaban y apreciaban en lugar de odiarlos y hacer ludibrio de ellos como antes; todos sin excepción representantes de los principios y doctrinas bien determinados de su Iglesia, cuya aceptación y propaganda sin incertidumbres ni interpretaciones arguciosas, lo mismo que su sumisión incondicional á la cabeza de la Iglesia, consideraban como una parte principal de su misión. Verdad es que esto limitaba su libertad de acción y encadenaba su franqueza de carácter que tanto



Felipe II
Medallón-retrato de plata existente en el Real Moneterario de Berlin
Tamaño del original

enaltece el valor moral de las acciones piadosas. Enfrente de ellos estaban los jefes de los teólogos protestantes, obstinados en sus opiniones personales que defendían de una manera muy poco piadosa, solo animados del deseo de imponerse, sin cuidarse del bien de la comunidad que en cambio les odiaba y hacia burla de ellos.

El protestantismo, particularmente en Alemania, descansaba sobre sus laureles, mientras el catolicismo recobraba energía en vista de sus derrotas y de los peligros que le amenazaban y encontraba entre los magnates láicos cada vez mayor número de partidarios, defensores y protectores que le servían con un celo muy diferente del que pusieron los príncipes protestantes al servicio de su Iglesia y de su fé. Los protestantes, olvidados de su enemigo común, dirigían sus armas los unos contra los otros, los que se creían ortodoxos contra los sectarios disidentes, que eran protestantes tan buenos como los que ellos llamaban herejes. La actividad de los católicos se dirigía contra todos los protestantes, que sin distinción eran herejes para ellos, á lo cual hay que agregar que la Iglesia católica se veía forzada á hacer propaganda, y para la cruzada contra la herejía tenía á su disposición todo un ejército bien organizado y todo un sistema refinado de medios de combate. En cambio la Iglesia protestante ningún impulso sentía que la llevase á hacer pro-

paganda en su favor, para la cual, por lo demás, era enteramente impropia, y por sus disensiones interiores carecía de armas para defenderse á sí misma y mucho menos para atacar al enemigo exterior.

Los católicos, al emprender el ataque en toda la línea, sabían perfectamente lo que querían y por lo que combatían, y se hallaban colocados sobre una base sólida y común á todos ellos. Los protestantes en cambio no encontraron el indispensable contacto entre sí al defenderse y en realidad no sabían siquiera la causa por que combatían.

LA PREPONDERANCIA ESPAÑOLA

La Iglesia romana restaurada, al recobrar su actividad y energía, no solamente tuvo á su disposición un arsenal inmenso de armas espirituales, sino que también las armas materiales que le dió la política extranjera de Pio IV restableciendo entre el Papado y las potencias relaciones amistosas. El catolicismo encontró su brazo civil en la persona de Felipe II de España, que deseando emplear todo su poder en favor del Pontificado (1), se puso enteramente del lado de éste. Felipe II era católico fanático y estaba animado del deseo de mostrar su devoción al Padre Santo; pero al hacerse adalid de la Iglesia romana restaurada no obedeció solamente á su deseo personal, sino también al carácter de su reino que le impulsaba á esta política. La España tenía un elemento eclesiástico particularmente numeroso, pues desde el tiempo de Fernando é Isabel fué una de las misiones mas esenciales del elemento religioso la protección y propagación de la religión católica romana, y la fuerza de la corona se apoyaba en gran parte en las funciones eclesiásticas de que se había apoderado en los últimos sesenta años. La Inquisición era en España una institución real, y para Felipe II uno de los medios de gobierno mas importantes.

Hay que ir, sin embargo, todavía mas lejos para comprender en toda su extensión la resolución de Felipe II, cuyo objeto no era únicamente eclesiástico, y si en este terreno tenía intereses, no eran los principales. Dividida la casa de Habsburgo, la línea alemana, no obstante el título sonoro de emperador, se contentó con una posición muy modesta dentro del Imperio, mientras que Felipe II había heredado la mayor parte de los territorios y riquezas y además el espíritu de la política de Carlos V. Felipe II, penetrado de la idea de que á la corona de España correspondía el imperio de la tierra, tenía el deseo firme de hacer reconocer este imperio universal á las potencias de Europa, y á esta idea iba unida la del dominio universal, espiritual y eclesiástico de la Iglesia católica romana. Bajo este signo sagrado estaba decidido á luchar, convencido de vencer y de establecer sobre toda la Europa el dominio de España.

Este príncipe, de carácter inflexible, frío, dominante y sin misericordia, que del poder del monarca tenía la idea mas extremada, parece la personificación de las tendencias que formaban la base de la restauración de la Iglesia antigua. Para Felipe II el estado de una nación era tanto mas perfecto cuanto mas omnipotente era la corona, única autoridad legítima llamada á decidir lo que era bueno ó malo, legal ó ilegal. Así dirigió desde su gabinete su inmenso Imperio; así fué su

(1) Felipe II sabía distinguir entre el catolicismo y el papa-rey: protegió siempre al primero, pero no siempre estuvo al lado del segundo. El autor exagera tanto en esto como en lo que dice después, confundiendo el siglo XVI con el XVII. Los padres españoles del concilio de Trento, á quienes los obispos italianos llamaban *sarnosos*, probaron allí que la España no era entonces tan fanática, como lo fué después. Aun en el siglo XVII el fanatismo religioso no era solo de España, sino de toda la Europa.

(N. del T.)

política y así dispuso de sus súbditos á los cuales pedía la misma obediencia ciega que formaba la base de la Orden de Jesús. Las personas, como para esta Orden, eran también para Felipe II el material de que se servía, ya como masa que modelaba, ya como fuerza que empleaba según lo creía conveniente. El alma viva y directora era él solo en todo el vasto mecanismo de su Imperio.

Su política agresiva se fué extendiendo cada vez mas sobre el Occidente europeo; sobre los Países Bajos, que siendo un círculo del Imperio alemán habían caído en su poder por un fatal derecho de herencia; sobre la Inglaterra, que le había dado su segunda esposa, y sobre la Francia, que puso á su alcance su tercera esposa. Pero aun tendió sus miradas mas lejos; las fijaba en el Imperio alemán, ni perdió de vista los asuntos del Norte y Este de Europa. En todas partes se presentaba protector del catolicismo y adversario fanático de la idea protestante, y cuando lo exigía el interés de la preponderancia de España, no vacilaba en dirigirse contra sus mismos correligionarios. Su objeto era establecer en las monarquías de la Europa Occidental, bajo el dominio de España, una política católico-ultramontana de una fuerza irresistible.

El impedir la realización de esta idea fué la política principal de las monarquías amenazadas, no solamente de la Inglaterra por ser ya protestante, sino también de la Francia de los Valois y de los Médicis; pero el gobierno de Francia osciló, enfrente de la política fija de Felipe II, entre extremos contrarios de la política interior y exterior. Para defenderse de la preponderancia española que desde el tratado de paz de Chateau Cambresis (1559) amenazaba á la Francia en el exterior, había debido aliarse con todos los elementos contrarios á la casa de Habsburgo, entre los cuales en Francia eran el mas poderoso el elemento hugonote y los Estados. Además era menester que la corona mantuviera en su propio país su posición preponderante, teniendo sujetos todos los elementos de libertad, independencia y autonomía entre los cuales ocupaba también el elemento hugonote el primer puesto. Entre estos extremos se movió la política de la corona en Francia, manteniéndose equidistante de ambos casi durante todo el resto del siglo, y tan pronto dependió de España y se hizo papista, como se defendió contra la influencia española y se mostró dispuesta á hacer concesiones á los Estados y á los hugonotes. Mientras predominó la influencia de los Guisas, defensores constantes de los intereses de Roma y de Madrid, se mostró la corona en Francia intolerante y antipatriótica, obrando en favor de España y persiguiendo á los hugonotes; y cuando se emancipaba de la influencia del partido hispano ultramontano, se mostraba tolerante y nacional, es decir, hacia la paz con los hugonotes y se erguía contra la preponderancia española.

Muy diferente era la situación de Inglaterra. Mientras estuvo gobernada por la reina católica, María, la esposa de Felipe II, se puso del lado de España y la auxilió en su lucha contra la Francia; pero al subir Isabel al trono, rompió todas las relaciones con el rey de España tan pronto como supo que trataba de arrebatarle la corona porque no quería partirla con él siendo esposa suya. Sabido es que todo el peligro que corría Isabel se concentró en la persona de María Estuardo, por cuyas venas corría la sangre de los Guisas, y que al lado de Francisco II pudo soñar cortísimo tiempo en ser reina de Francia. María Estuardo, en el mismo año (1560) en que se vistió de viuda por su esposo francés (poco después de subir Isabel al trono de Inglaterra), se sentó en el trono de Escocia, en cuyo suceso el ultramontanismo fundó las mas risueñas esperanzas, contando con recobrar todo el Imperio británico para la religión católica cuando fuese soberana de este Imperio la reina escocesa. En concepto del

Papa y de sus partidarios, Isabel, hija de Ana Bolena, era ilegítima y por lo mismo ocupaba el trono de Inglaterra ilegítimamente.

María Estuardo participaba completamente de la idea de los papistas; estaba penetrada de su derecho al dominio de toda la isla y decidida á hacerlo valer. Quería destronar á Isabel de Inglaterra para establecer una Gran Bretaña católico-romana, de la cual ella fuese la soberana. Para esto vió en el rey de España su apoyo natural, y estaba dispuesta á casarse con el infante Carlos á pesar de su cuerpo contrahecho y de su imbecilidad. Cuando este plan de matrimonio fracasó, María tomó por esposo á un lord escocés, quedando siempre su vista fija en el apoyo de España. Justamente desde su casamiento con Darnley (1565) estrechó sus relaciones con las potencias católicas, sobre todo con España; solicitó el auxilio del rey Felipe como del hombre «que Dios había elevado sobre los demás para defender la sacra religión católica.» Tanto el rey como el Papa le prometieron su auxilio, no solamente contra sus súbditos rebeldes y de otra religión, sino para el restablecimiento de la Iglesia antigua en Escocia, y para hacer valer sus derechos al trono de Inglaterra.

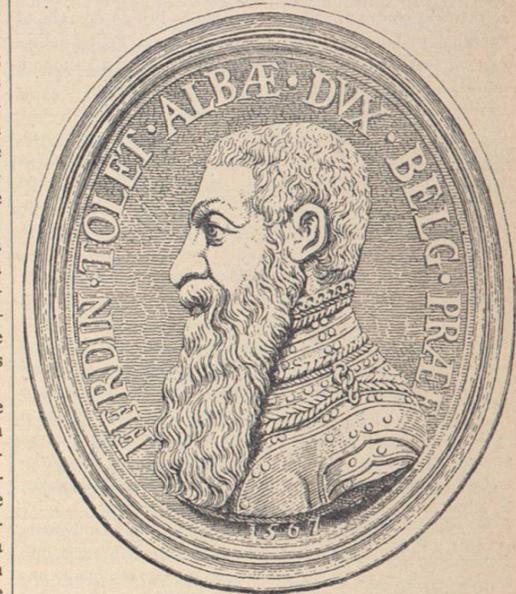
Felipe II, perdida la esperanza de casarse con la reina Isabel y de conservar así sobre la Inglaterra la influencia que había ejercido como esposo de su predecesora, se inclinó enteramente á favor de María, decidido á apoyar sus pretensiones sobre la corona de Inglaterra, con la intención de tener en ella un instrumento para la realización de sus planes como lo fueron después los Guisas en Francia.

Vemos, pues, que en los asuntos de los Países Bajos, de Francia y de las islas británicas se combinaron desde un principio las tendencias políticas con las religiosas. En María Estuardo prevalecía el sentimiento dinástico sobre el religioso, aunque éste era fuerte. Para ella la conversión de toda la isla á la religión católica era solo el medio de someterla á su cetro. Lo mismo puede decirse de Isabel, que era partidaria de la nueva religión, no solamente por convicción religiosa, sino también por política, por evitar el peligro que amenazaba su trono. Fué indudablemente un acto de defensa el declarar, como declaró, religión del Estado la de la Iglesia anglicana, después de haber estado bajo los tres gobiernos anteriores tan pronto protegida como hostilizada y perseguida. Hecho esto, y sin cuidarse de los elementos católicos del país todavía muy numerosos y fuertes, se aplicó á auxiliar á los partidarios de la nueva religión en todos los países donde estaban perseguidos. Los intereses personales y los de su trono se confundieron con los intereses generales protestantes de su época, y enfrente de Felipe II pareció Isabel la protectora natural de todos los elementos de la Europa occidental que peligraban por las tendencias de España, del Papa y de la familia de Guisa. Así esta reina se hizo representante y defensora de la tendencia protestante y germánica contra el romanismo eclesiástico político que avanzaba.

Felipe II, que procedía también en política muy sistemáticamente, no siendo amigo de decisiones rápidas ni menos precipitadas, se fijó por lo pronto en un objeto poco distante á fin de alcanzarlo con mas seguridad. Limitándose á trabajar en secreto en los asuntos de Francia y de Inglaterra, empleó en los Países Bajos una energía brutal, teniendo allí á su favor el derecho del soberano. La Alemania protestante levantó un grito de horror ante la intolerancia cruel ejercida por el rey de España en el círculo de Borgoña; pero Felipe podía fundarse en el principio de la paz religiosa: *cujus rex eius religio*, el cual le daba en sus provincias alemanas el

mismo derecho que aplicaban el conde palatino Federico el Piadoso y el príncipe elector Augusto de Sajonia para legalizar sus conversiones. Los habitantes de los Países Bajos se levantaron contra la tiranía política y religiosa con la misma violencia y enañosamiento que la nobleza protestante de Escocia al regreso de María y los hugonotes en Francia después de la matanza de Vassy; pero entonces llegó el duque de Alba y con él el terrorismo, con lo cual se creyó el rey Felipe seguro de imponer el yugo español y someter á estas provincias á la Iglesia romana.

Con la llegada del duque de Alba á los Países Bajos em-



El duque de Alba
Medallón retrato de plata existente en el Real Moneterario de Berlín
Tamaño del original

pezaron á confundirse las situaciones enredadas en la Europa occidental; pues al levantarse aquellos habitantes para defender su libertad y su fé religiosa contra la tiranía de Alba, los hugonotes en Francia echaron otra vez mano á las armas, porque, hostilizados y perseguidos á pesar de la paz de Amboise (1563), vieron en la crueldad de Alba aumentado el peligro propio y procuraron evitarlo. La causa que defendió el príncipe de Condé con las armas era la misma que defendía el príncipe de Orange; y la lucha que en el año 1568 se sostuvo principalmente en los Países Bajos fué la misma que el año siguiente tenía por teatro la Francia. Si el príncipe de Orange, después del desgraciado éxito de su campaña en los Países Bajos, se trasladó á Francia, fué con perfecto conocimiento de lo que hacia, es decir, para hacer la guerra á Felipe II, tanto en un país como en otro. Felipe II por su parte estaba estrechamente relacionado con el gobierno francés; pues Catalina de Médici le había asegurado que no toleraría mas religión que la romana católica y Felipe II por su parte le dijo que se cuidaba tanto de los asuntos de Francia como de los propios. Envió, pues, auxilio armado á Francia mientras el papa Pio V organizaba suscripciones para allegar recursos pecuniarios y tomaba parte en la lucha con un pequeño cuerpo armado.

Por entonces en Escocia había triunfado la oposición pro-